

## Prólogo

Escribir el prólogo de un libro sobre la disfuncionalidad que se nos regala a quienes compartimos espacios de vida con un enfermo de alcoholismo, no es algo que hubiera pensado hacer en la vida, pero, cuando Anita, ejemplar compañera de crudas emocionales, me lo pidió, acepté de inmediato... Bueno, tal vez lo pensé un poco, por no tener las virtudes literarias y el toque que ella tiene para convertir el drama en una bella historia de amor y esperanza.

Inmediatamente surgió la interrogante, este prólogo, en su posición introductoria, ¿haría justicia a la poética narrativa, venciendo la tentación de exaltar virtudes de los protagonistas, sus vivencias, sus lecciones de vida y sus diálogos?

La respuesta me la dio Anita al invitarme a ser yo el que lo escribiera, aquel renuente e incrédulo compañero suyo en las primeras reuniones de crecimiento que compartimos, y quien después se convirtió en un convencido de que los pasos y tradiciones del programa, el grupo, la literatura y el padrino, realmente apuntalan una vida mejor.

Desde el inicio, este libro nos atrapa, y nos hace compartir las emociones y los sentimientos de sus protagonistas, tan vigentes y tan parecidos a nosotros mismos, de una manera sensible que libera el deseo de intervenir. Nos lleva a las profundidades del problema de la enfermedad del al-

coholismo, centrándose en quienes estamos atrapados en ese remolino devastador que es la codependencia, sin ninguna pretensión prescriptiva o de catequesis.

El capitulado del libro abarca, sin ser exhaustivo ni excluyente, los diferentes momentos en la vida de quienes hemos sido tocados por el alcoholismo, desde lo cotidiano hasta lo espiritual.

El libro realmente es un regalo de ayuda, un regalo de vida, escrito de forma sencilla, sin figuras retóricas en pos de reconocimiento literario, y con una profunda intención de llegar al fondo de nuestros corazones, lo cual logra a través de la sinceridad de sus personajes y lo real de las situaciones.

Anita, profunda conocedora y testimonio viviente del programa, es una figura emblemática en las familias disfuncionales por causa del alcoholismo. Demasiado joven y demasiado frágil, pensábamos hace algún tiempo, para exponer de manera tan natural su propia historia de vida, con tal claridad de conceptos y con tanta riqueza al compartirla.

Un remanso en nuestras complicadas vidas, siempre un placer verla compartir, sincera, afectuosa, elocuente, profundamente comprometida con prestar oído a quien lo necesite, y siempre dispuesta al regalo de un abrazo.

El libro nos hace entrar en la claridad, encontrarnos en sus personajes o reconocer en ellos a quienes están cercanos a nosotros, invitándonos a creer que se puede vivir diferente, después de que, como dice Salvador Valadez, “hemos vivido tanto tiempo mal, que creemos que eso es vivir bien”.

Soy Paco  
y soy familiar de alcohólicos.

## Capítulo I

### Un viaje inesperado

He meneado este café por casi treinta minutos y la historia de mi buena amiga Lucía no parece cambiar desde los últimos años, me digo en silencio, mientras doy un sorbo más a mi taza medio vacía. Ella era, prácticamente, la única amiga contemporánea que tenía y también la más querida.

Por alguna extraña razón siempre he tenido mejores relaciones interpersonales con personas mayores a mí que, inexplicablemente, buscan mis consejos y de vez en cuando un hombro para llorar. Desde niña fui muy extraña, manifestaba más interés por estar presente en las pláticas de los adultos que por jugar con los hijos de las señoras que con frecuencia visitaban a mi madre para pedirle apoyo y consuelo en sus problemas. Supongo que, de manera inconsciente, quise parecerme a ella en ese aspecto.

Siempre admiré su belleza, su buen gusto para vestir y decorar nuestra casa. Su carácter sociable y amable para con los demás. Recuerdo que los festivales escolares eran un gran acontecimiento para mí, pues significaban la oportunidad de presumir a mi madre frente a toda la escuela. Al verla entrar por la puerta principal del colegio, jaloneaba discretamente a la compañera que me precedía en la larga fila de las niñas de tercero de primaria, para señalarle, or-

gullosa, que aquella señora rubia, que fácilmente podría ser confundida con una artista de cine, era mi mamá.

Sólo había algo que me hacía admirarla aún más que sus grandes ojos verdes y su porte de diva, su don de gentes. Nunca vi a nadie salir de la casa de mi madre con la misma tristeza y desesperanza en los ojos con la que había entrado. Martha poseía algo especial y enigmático, que hacía que, al hablarles a sus amigas, se transformaran sus penas y conflictos en fortaleza y fe.

—Amiga ¿qué tanto miras a ese muchacho? No me digas que ahora, justo antes de casarte, descubriste que te gusta cambiar pañales —Preguntó sarcástica Lucía, aburrida de escucharse contar una y otra vez su eterna historia de compras y viajes alrededor del mundo con su nuevo amante millonario.

—No sé por qué me provocan tristeza los adolescentes —Contesté con la mirada clavada en una mesa de tres chicos que no podrían tener más de 16 o 17 años.

Uno de ellos manoteaba y gesticulaba con verdaderos aires de grandeza frente a sus amigos. No sé de qué hablaban, pero cualquiera que fuera el tema, ese chico sentía tener el mundo a sus pies y a sus receptores en el bolsillo.

—¿Qué pasará cuando llegue a casa? —Pensé en voz alta.

—¿De qué hablas?, son casi las nueve de la noche. Llegaré a cenar, a ver televisión y a dormir, igual que todo el mundo—. Contestó Lucía frunciendo el ceño y meneando la cabeza como lo hacemos normalmente al responder preguntas que nos parecen tontas.

Y en verdad era una pregunta tonta, pero algo que ni yo misma sabía explicar se movió dentro de mí en aquel momento. Tal vez era sólo el reflejo de la adolescente interior tan lastimada que vivía aún en mí a mis casi 29 años, y que

pude aliviar hasta el día en que cuatro maravillosos seres reaparecieron en mi vida, entre otras cosas, para obligarme a hurgar entre los escombros más penosos de mi historia familiar.

—En fin, no malgastes tu turno con reflexiones raras sobre adolescentes. Mejor cuéntame ¿cómo van los preparativos de tu boda con el insoportable abogado Guillén?

—Qué mala eres Lucía, Álvaro no te ha hecho nada para que lo odies tanto.

—A mí no, pero si abrieras los ojos, te darías cuenta de lo que sí te hace a ti. ¿En verdad quieres casarte con él Marian?

Evadí su pregunta, argumentando lo tarde que era.

Me despedí de Lucía con el abrazo fuerte y cálido de siempre. Nuestras diferencias de opinión y los estilos de vida tan opuestos nunca interfirieron en el cariño y la confianza que nació entre nosotras desde que éramos niñas.

En verdad éramos muy diferentes, pero ahora comprendo que justo en esas diferencias radicó el éxito de nuestra amistad, pese a no estar casi nunca de acuerdo, nos aceptábamos y nos apoyábamos incondicionalmente. Éramos cómplices y compañeras inseparables.

Para ella, la vida era un juego divertido que yo no sabía jugar. Decía “si los problemas tienen solución, ¡para qué te preocupas! y, si no la tienen ¿para qué te preocupas?

Pasó mucho tiempo antes de que yo pudiera reconocer la sabiduría escondida en las palabras de mi frívola pero encantadora amiga.

¡Dios mío!, ¡cinco llamadas perdidas! Me percaté al subir al auto y escuchar el aviso del descenso de batería en mi celular. Álvaro debe estar histérico... pensé, mientras marcaba su número, pero no pude hablar más que con una grabadora.

—Hola amor, perdona que me reporte hasta ahora. Por descuido dejé el celular en el auto. Te mando un beso.

No era de extrañar que el buzón de mensajes estuviera activado. Mi novio solía expresar su enojo con el silencio. Y, si había algo que lo molestara de verdad, era sentir que perdía el control sobre mí.

Nunca estuve segura de que lo que me unía a aquel hombre fuera realmente amor, pero los vínculos que me ataban a Álvaro eran muy fuertes y mi autoestima demasiado baja para atreverme a cuestionarlos. Lo preocupante del asunto era que, a pesar de mis dudas, llevábamos más de tres años de noviazgo y estábamos a punto de casarnos.

Sus celos y su posesividad eran incómodos pero, de alguna forma, había aprendido a sobrellevarlos.

“Preocúpate el día en que te ignoren”, decía mi madre, que siempre encontraba alguna justificación a los errores de Álvaro, con tal de persuadirme cada vez que yo intentaba finalizar aquella relación que en ocasiones me asfixiaba.

Siempre me costó entender la adoración que mi mamá tenía por él, ya que ninguno de mis novios anteriores había sido de su agrado. Decía haber encontrado en Álvaro al hijo que sentía haber perdido en mi hermano Gabriel, con quien rompió relación cinco años atrás, luego de un terrible desencuentro entre ellos el día en que enterramos a mi padre.

Camino a casa mis pensamientos parecían un rompecabezas desarmado sin saber por dónde comenzar a unirlos. La boda estaba a sólo tres meses de distancia y lo único que tenía listo era el vestido de novia que mi madre se había empeñado en comprar, pese a mi opinión.

Pero ponerse a discutir con Martha Jiménez, viuda de Toledo, era una batalla perdida de antemano. Además de reconocer, en el fondo, que la más ilusionada con aquel evento, a final de cuentas, era ella.

Falta recoger las invitaciones, elegir el banquete y las flores de la iglesia, repasaba en silencio mientras el semáforo estaba en rojo.

¿De verdad quieres casarte con Álvaro? Irrumpió abruptamente en mis pensamientos la pregunta que me había hecho Lucía minutos antes.

Era una pregunta que no podía o no quería contestar. De pronto, me asaltó un inesperado ataque de ansiedad, sentí una opresión asfixiante en el pecho y unas ganas inmensas de llorar. Me sentía profundamente confundida y asustada ante mi actitud. Se supone que una novia debe estar radiante y feliz por tan memorable acontecimiento, pero yo no lo estaba y no podía seguir pretendiendo que no me daba cuenta.

A casi tres cuadras de llegar a mi casa, doblé el volante bruscamente en dirección contraria y me dirigí al departamento de Álvaro. Estacioné el auto y saludé al conserje del edificio con tan sólo un gesto porque la voz no me respondió.

Toqué a la puerta mientras respiraba tan profundo como la ansiedad me lo permitía.

—¿Quién?

—¡Marian!

—No te esperaba, ¿de dónde vienes? —Me cuestionó en tono molesto una vez que me abrió.

—Necesito que hablemos. —Repliqué sin titubeos.

—¡Claro princesa! —Contestó cambiando radicalmente la rigidez de su voz, al sentirse desconcertado por mi actitud.

Y como volcán en erupción, comencé a arrojar enormes fumarolas de palabras temblorosas y ambiguas que parecían no tener sentido, pero que después de varias lágrimas, formulé en una sola frase.

—¡No te cases conmigo! Vengo a decirte que no te cases conmigo. No estoy preparada para ser la mujer que tú necesitas. Estoy llena de dudas, de inseguridad, de miedos, no podré hacerte feliz Álvaro. ¡Mírame!, ¡estoy hecha un desastre! Ni siquiera fui capaz de defender mi derecho a elegir un maldito vestido de novia. A tres meses de la boda no están listos los pendientes más importantes. ¡Soy un desorden total! No soy la mujer organizada y fuerte que tú esperas encontrar en mí.

Y así recité por varios minutos la innumerable lista de defectos que no me hacían acreedora a merecerlo como mi esposo, por la cobardía de no atreverme a enumerar los suyos y a confesar que la que no estaba segura de querer casarse era yo.

—¿Ya terminaste? —Me preguntó sonriendo con ese aire de invulnerabilidad que lo caracterizaba.

Asentí limpiándome las lágrimas y agachando el rostro, como quien espera resignada la lectura de su sentencia.

—Lo único que sucede es que estás un poco nerviosa. —Declaró, mientras cruzaba la pierna y entrelazaba las manos detrás de su nuca.

—Ya había pensado que sería una buena idea pedirle a Ruth que te ayudara con los preparativos pendientes. Sabes que es eficiente y, aunque resentiré un poco su ausencia en la oficina, tu adorable futuro esposo está dispuesto a prescindir de su asistente por unos días en lo que te auxilia con lo que te haga falta. ¡Asunto arreglado! —Concluyó minimizando mis palabras como de costumbre. Y sugiriendo que lo que yo realmente necesitaba era un buen masaje para relajar la tensión que sentía.

Para ese momento Álvaro ya estaba junto a mí, acariciándome con toda la libido de la que era capaz. Y, por



supuesto, sin un rastro de ternura, ni delicadeza. Detestaba esa forma suya de tocarme. Permanecí inmóvil, mientras me brotaban un par de lágrimas más.

—Tú no entiendes... —Susurré.

—¡Claro que entiendo! Futura señora de Guillén. —Respondió desde algún punto de mi espalda, que para ese momento ya estaba semidesnuda.

—¡Mi celular está sonando! —Advertí aliviada al tener el pretexto perfecto para alejarme de sus manos, sin presentir que estaba a punto de recibir una noticia que cambiaría drásticamente el rumbo de mi vida.

—¡Es mi hermano! —Le dije sorprendida.

Gabriel y yo manteníamos contacto telefónico de vez en cuando sin que mi madre lo supiera. Él se había mudado con su familia a Guadalajara desde hacía mucho tiempo y, aunque la diferencia de edad era muy grande entre nosotros, habíamos crecido muy unidos y nos llevamos bien. Siempre fue cariñoso conmigo y en las memorias de mi niñez él fue mi héroe y mi defensor ante las rabietas de mamá.

Su voz era apenas perceptible y no precisamente por una falla de calidad en el servicio telefónico, sino por la terrible noticia que iba a anunciarme: Angélica, su esposa, acababa de morir en un accidente automovilístico.

—¡No tengo a nadie más a quien recurrir Marian!, ¡mis hijos y yo nos estamos volviendo locos! Necesito tu ayuda.

Esas fueron las únicas palabras que logré entender entre sollozos y jadeos.

—¡No sé cómo!, pero mañana mismo estoy contigo. —Alcancé a decirle antes de que la batería de mi teléfono me traicionara definitivamente.

—Tengo que irme, Gabriel me necesita.

Me acomodé la blusa y tomé mi bolsa mientras le expli-

qué rápidamente a Álvaro los pormenores de la llamada. Y salí de aquel departamento en trance, sin poner la más mínima atención a los comentarios de mi novio, que se quedó hablando solo a mitad del pasillo.

—¡Luego te llamo! —Le grité mientras las puertas del ascensor se cerraban.

Mi madre, que para esa hora ya estaba casi dormida, recibió la noticia con una ligereza que apenas pude creer. Aquella mujer solidaria y bondadosa que tanto admiré, se había convertido, con el paso de los años, en un ser amargado y resentido, sin que yo pudiera entender el porqué.

—¡Lo siento mucho! Siempre es triste la muerte de una persona joven. —Dijo apenas, sin que su voz reflejara un atisbo de aflicción.

—¡Sobre todo si se trata de la esposa de tu hijo, la madre de tus cuatro nietos! —Repliqué agitada, intentando provocar otra reacción en mamá, que parecía estar escuchando el deceso de la mujer de un desconocido, pero su orgullo era más fuerte.

Profundamente desconcertada por su actitud, me limité a avisarle que al día siguiente partiría a Guadalajara para acompañar y ayudar a Gabriel y a mis sobrinos en lo que pudiera. Pensé en invitarla a participar en la misión, pero asumí que no se mostraría interesada en lo absoluto.

—¿Cuándo piensas regresar? —Preguntó intrigada.

—No lo sé. —Respondí con la mirada clavada en la fotografía de mi padre que, de seguir vivo, estaría tanto o más triste que yo por la situación de mi hermano y la dureza de mi madre.

Llegué a Guadalajara una tarde de septiembre. Jamás imaginé que la distancia entre el último abrazo que le di a mi hermano cinco años atrás, volvería a darse en las mismas condiciones de pérdida y dolor por la muerte de un

ser querido. Tomé un taxi que me llevó directamente a la funeraria.

Al entrar, comencé a sentir que las piernas se me doblaban. ¿Cómo consolaría a mi hermano? ¿Qué palabras se les puede decir a cuatro niños que acaban de quedar huérfanos?

—¡Tía Marian! —Gritó de pronto una niña de grandes ojos cafés y cabello castaño, envuelto en un enorme moño blanco que robó mi corazón desde el primer momento en que la vi.

Corrí a mi encuentro y estalló en llanto abrazada a mi cintura, detonando en mí la más profunda compasión.

Era la pequeña Nicole, la última vez que la tuve en mis brazos tenía apenas 3 añitos. La estreché tan fuerte como pude una vez que caí de rodillas para verla frente a frente y no desde la altura imponente con que los adultos solemos mirar a los niños.

—¡Pero cómo has crecido muñeca!, ¡eres tan hermosa!

—¡Tú estás más bonita que en la foto! —Respondió Nicole limpiando sus lágrimas con la manga de su abrigo azul marino.

—Mi papá está junto a mi mami, ¡ven! —Me ordenó amablemente, tomando mis manos para ayudarme a ponerme en pie y dirigirme hasta mi hermano, quien se encontraba desplomado en un sillón junto al féretro de su esposa.

—¡Papi! —Exclamó Nicole, señalándome con su dedito y una débil sonrisa.

Gabriel, al mirarme, se reincorporó con las pocas fuerzas que le quedaban y se aproximó a mí. Lucía muy avejentado y muy acabado. Era verdad que me llevaba muchos años, pero aquella imagen no correspondía a la de un hombre de 40 años.

Permanecimos abrazados durante varios minutos. Las palabras sobraban, dejamos que las lágrimas y el silencio lo dijeran todo.

No era un reencuentro feliz, ni un momento de fiesta. El terrible sopor en que mi hermano se encontraba, lo desplomó de nuevo en aquel sillón, sin emitir ni una sola palabra, excepto...

—¡Gracias!, sabía que podía contar contigo.

Y después de acariciar su cabello y besar su frente, me dispuse a buscar entre la gente a mis otros tres sobrinos.

Cinco años se dicen fácil, pero a la edad en la que dejé de verlos el tiempo produce grandes cambios.

En el otro extremo de la sala vi a un grupo de adolescentes reunidas. Al acercarme, fue fácil reconocer a mi sobrina Valeria, no sólo por la carita enrojecida, sino por el inconfundible color esmeralda de sus ojos.

—¡Val! —Pronuncié extendiendo mis brazos hacia ella.

—¿Tía Marian? —Preguntó algo confundida.

—¡Sí mi reina!, ¡ven acá!

—¡Gracias por venir!, mi papá va a necesitarte mucho.

—Lo sé Val, por eso estoy aquí. —Platicamos en medio de un fuerte abrazo.

A mi otra sobrina Bianca la encontré en un rincón de la terraza, con las piernas encogidas y la cabeza hundida entre las rodillas. Su cabellera lacia y rubia era inolvidable. Permanecí sentada junto a ella un largo tiempo, acariciando su hermosa melena y secando de vez en cuando las inevitables lágrimas que corrían por su pálido rostro.

A Adrián lo reconocí envuelto en humo de tabaco, custodiado por dos jovencitos de cabello largo y *piercings* por todos lados.

—¡Hola! —Dije en voz baja—. Soy tu tía Marian.

A lo que contestó, simbolizando amor y paz con una mano y ofreciéndome un cigarro con la otra. Lo tomé y me abalancé contra él en un sentido abrazo, que no respondió pero tampoco rechazó.

Uno de sus acompañantes se apresuró a encender mi cigarrillo que, por cierto, me supo a gloria. Había dejado de fumar hacía más de un año, impulsada por las críticas de Álvaro más que por propia convicción, pero en ese momento ni mi salud ni mi novio me importaron.

Así pasó de largo la impresión de ver a mi sobrino convertido en un hombrecito con cigarro en mano y arete en la oreja izquierda. El último recuerdo que tenía de él fue cuando rompió, de un balonazo, la maceta favorita de mi mamá que estaba en el patio trasero de la casa cuando tenía aproximadamente 11 años. Había corrido desencajado buscando mi ayuda para que su abuela no se diera cuenta del estropicio, estaba tan angustiado que no tuve más remedio que echarme la culpa cuando mi mamá se dio cuenta y comenzó a dar de gritos. Sin embargo, mi sobrino se sintió tan culpable que, al día siguiente, le insistió a sus padres que lo llevaran a hablar con su abuela y, sin titubeos, confesó su pecado. Le entregó a mi madre, en una bolsita de plástico, un montón de monedas que había ahorrado durante meses con la intención de comprar una grabadora, pero que, cabalmente, destinaría para pagarle a su abuela la maceta rota.

Adrián y sus amigos me contaron lo sucedido: el accidente había ocurrido cuando mi cuñada se trasladaba a su trabajo el día anterior. Un trailer que conducía a exceso de velocidad coleteó contra su auto, y la sacó de su carril, lo que propició que se impactara contra otro vehículo que venía a su derecha. El carro de Angélica dio algunas volteretas

hasta detenerse contra un muro de contención. Ese último impacto fue del lado del conductor.

Angélica aún alcanzó a llegar con pulso al hospital, pero totalmente inconsciente. Los médicos hicieron todo lo posible para mantenerla con vida. Sin embargo, los derrames internos que se produjeron en su cuerpo eran demasiado severos. Mi cuñada murió esa misma tarde sin que nadie pudiera convencer al destino de reconsiderar su curso. Su cadáver fue cremado un par de horas después de mi llegada.

La historia de Angélica fue trágica desde su nacimiento: Su madre murió durante el proceso de parto y nunca conoció a su padre. Su abuela Fanny fue la única familia con la que contó y, por su avanzada edad y estado de salud, no pudo asistir al sepelio de su nieta. Así que la gente reunida en aquel funeral, además de nosotros, eran sólo los amigos y compañeros de trabajo y escuela de Gabriel y de sus hijos.

Las cenizas fueron depositadas junto a las de su madre, en una iglesia cercana al centro de la ciudad. El sermón del sacerdote conmovió aún más los corazones de todos los presentes. “Estar ausente del cuerpo no es más que estar en la presencia de Dios”, proclamó con tal seguridad aquel hombre de rostro amable y voz serena.

Yo anhelaba tanto sentir la presencia de Dios. Era católica de cuna, mi mamá siempre había sido una mujer muy religiosa, así que crecí entre curas y monjas, pero mi fe se basaba más en doctrinas impuestas y un tanto incongruentes las cuales nunca me atreví a cuestionar como muchas otras cosas en mi vida por miedo a la reacción de los demás, específicamente de mi madre.

Pero mi espíritu estaba hambriento de un maná que no saciaba la Iglesia, ni las creencias con las que crecí. Sabía, muy dentro de mí, que Dios traspasaba, por mucho, los

conceptos en que me lo habían presentado. Y no estaba equivocada, mi camino hacia la espiritualidad estaba por comenzar sin que lo sospechara.

Una vez que terminó la misa nos dirigimos a casa de Gabriel, nadie pronunció palabra, salvo Nicole que, dentro de su tristeza, hizo un espacio para invitarme a dormir en su cama y advertirme que Chepe, su perrito, ladraría un poco al verme en su casa, pero que no me mordería bajo ninguna circunstancia.

Y así fue, Chepe se alborotó por completo en cuanto me percibió dentro de su territorio. Nicole lo tomó en brazos para tranquilizarlo y, de inmediato, le explicó que yo sería su tía Marian de ahora en adelante.

—¡Voy a preparar algo de cenar! —Anuncié señalando la ruta que supuse sería la cocina.

No era momento para protocolos, ni para pretender ser tratada como visita. Así que, de inmediato, me tomé la libertad de investigar los vericuetos de aquella casa.

Valeria se alistó junto conmigo en la preparación de los alimentos sin que yo se lo pidiera, pero las lágrimas apenas le daban tregua...

—¡Yo me encargo Val! —Le dije, frotándole la espalda.

Pero siguió adelante untando la mostaza en las rebanadas del pan.

Más tarde, reunida toda la familia en el comedor, Valeria interrumpió el silencio preguntando:

—¿Cómo está la abuela Martha?

—¿Todavía nos odia? —Agregó sarcásticamente Adrián, antes de dar un sorbo a la taza de café.

—¡Adrián! —Replicó molesto Gabriel.

—La abuela está bien, les manda sus condolencias. Le hubiera gustado mucho venir conmigo, pero últimamente ha estado un poco enferma y...

—¡No hace falta que te esfuerces en mentir Marian!  
—Me interrumpió Gabriel—. Todo lo que tenga que ver conmigo y con mi familia a ella le importa un carajo.

—¡A eso me refería papá!, pero por lo visto aquí el único con derecho a expresarse eres tú, como siempre. —Reclamó Adrián desafiante, levantándose de la mesa y arrojando bruscamente la servilleta sobre su plato, antes de pronunciar despectivamente las buenas noches.

—Bianca, ¡no has comido nada! —Señalé preocupada.

—¡No tengo hambre!, yo también me voy a dormir, buenas noches.

—Le pedí a mi tía Marian que durmiera conmigo, pero tal vez quieras que te acompañe esta noche para que no te sientas tan solito papi. —Sugirió la enternecedora Nicole.

—No te preocupes princesita, estaré bien. Prefiero que acompañes a tu tía Marian. —Le contestó Gabriel con los ojos anegados en lágrimas.

—Anda, ve a lavarte los dientes y acuéstate ya. ¡Enseguida te alcanzo Nicole! —Agregué.

Valeria abandonó la mesa un poco más tarde, no sin antes levantar todos los platos, y darnos el beso de las buenas noches a su papá y a mí.

—¡No sé qué voy a hacer sin ella, Marian! —Dijo Gabriel antes de llevarse las manos a la cara y estallar en llanto—. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?, no es justo. ¡Yo no soy capaz de sacar adelante a mis hijos solo! ¡Soy un desastre!, debí morir yo no ella ¿entiendes?

—¡No digas eso por favor! Claro que vas a ser capaz de salir adelante. Tus hijos te necesitan ahora más que nunca y...

—¡Tú no entiendes hermana! —Me interrumpió, mientras caminaba de ida y vuelta a la cocina con botella de te-



quila en mano—. ¡Yo no sirvo para nada!, no he sabido ser un buen hijo, ni un buen esposo, ni un buen padre, ¡vaya!, ni siquiera un buen hermano. ¡Mírate!, en cuanto te llamé viniste a apoyarme y yo no me he preocupado por ti, no sé nada de tu vida, si me has necesitado, si te he hecho falta. ¡Soy una basura! —Concluyó mientras llenaba la mitad del vaso con aquel líquido amarillento.

—¡Estás destrozado hermano!, por eso hablas así, pero en algo tienes razón. Yo te necesito y mucho, al igual que tus hijos, tienes que sacar las fuerzas para continuar. Voy a ayudarte en lo que pueda, no estás solo ¿entiendes? Vamos a dormir. —Indiqué—. Tienes que tratar de descansar.

—Ve tú, quiero estar solo un momento, por favor.

A la mañana siguiente me percaté de que no había revisado mi teléfono para nada. Tenía más de veinte llamadas perdidas de Álvaro y un par de mi mamá.

Arrojé un poco más a la pequeña Nicole, que aún estaba dormida, y me dirigí a la cocina para preparar el desayuno, pero Valeria se me había adelantado.

Después de darnos el beso de los buenos días, me ofrecí a ayudar con la preparación del jugo de naranja mientras ella terminaba de freír algunos trozos más de tocino.

Intenté recordar cómo me sentí la primera vez que abrí mis ojos a un nuevo día después del funeral en que despedí a mi padre de este mundo. Pensaba en qué palabras me hubiera gustado escuchar, pero no encontré ninguna. Así que renuncié a la absurda idea de tratar de aminorar el sentimiento de dolor que debía estar enfrentando Val, al igual que todos los integrantes de esa familia.

No había palabras, no había medicamento, no había nada que aliviara aquella terrible pérdida. Lo sabía por experiencia propia, así que me limité a hablar acerca de lo

dulces que lucían las naranjas y lo mucho que había disfrutado dormir estrechada al cuerpecito cálido de Nicole.

—¡Está vibrando algo! —Avisó Valeria volteando a ver la danza de mi celular sobre la mesa de la cocina.

—¡Es el mío! —Dije limpiándome las manos con el primer secador que encontré a mi paso.

—¿Bueno?... Cariño ¿cómo estás?

Es todo lo que alcancé a decir antes de que Álvaro me interrumpiera prácticamente a gritos.

Salí de la cocina avergonzada, como si mi sobrina pudiera escuchar la forma tan educada en que mi novio me estaba saludando. Abrí la puerta de la casa sin reparar en mis pies descalzos, ni en que aún traía la pijama puesta y caminé sobre la acera de la calle recorriendo no sé cuántas veces la longitud de la casa de mi hermano, mientras escuchaba los regaños de Álvaro, como si él fuera mi papá y yo una niña de 5 años.

Estaba fuera de sí por el sinnúmero de llamadas que no le había contestado el día anterior. Me llamó desconsiderada, inconsciente, irresponsable y muchos otros adjetivos más con los que usualmente me calificaba, supuestamente, por el inmenso amor y preocupación que sentía por mí.

Estaba tan acalorado que no me dejaba hablar, así que no tuve más remedio que levantar la voz para ser escuchada de alguna forma, pero de nada me sirvió explicarle mis motivos. Intenté decirle lo difícil de la situación, y lo impotente que me sentía al no saber cómo podía ayudarlos.

—¡Mi amor, entiéndeme!, no tenía cabeza para pensar en nada más. Gabriel está destrozado...

Sin embargo, ninguna razón le bastaba.

No sé cuánto duró aquella llamada, ni cuántos intentos hice por aminorar su enojo, hasta que, definitivamente, me dejó hablando sola.

—Álvaro, mi amor, ¿bueno?, ¿bueno?

Frustrada y desencajada, me senté a llorar sobre el borde de la banqueta. No podía creer que aquel hombre tan egoísta y posesivo fuera a ser mi futuro esposo. Si él supiera cómo me sentía y lo mucho que necesitaba su apoyo para tener la fortaleza y el tino para poder ayudar a mi hermano y a esos cuatro chicos que acababan de quedarse sin su madre... eso pensaba mientras intentaba controlarme para volver al interior de la casa con mi mejor cara.

—No hay peor sordo que el que no quiere oír. Mientras tus razones sean válidas para ti misma, no tienes por qué desgastarte en convencer a nadie. Fue lo que me enseñó algún día un loco pero sabio amigo mío. —Dijo de pronto un tipo, que no supe de donde salió, pero que estaba parado justo frente a mí, ofreciéndome un gajo de mandarina que llevaba en la mano.

—¿Perdón? —Pregunté desconcertada y molesta ante el comentario impertinente de aquel desconocido, mientras me ponía de pie.

—¡Soy el nuevo vecino! —Dijo señalando la casa contigua—. Estaba usted hablando tan fuerte mientras yo regaba mi jardinera, que no pude evitar escucharla. Julio Allende, para servirle vecina. —Dijo, mientras hacía una ridícula reverencia—. ¿Porque supongo que usted vive aquí? —Preguntó sarcástico mirándome de arriba abajo.

Hasta ese momento me percaté de mis fáchas y, tras un ¡buenos días!, tajante entré apresurada a la casa.

—¡Que tipo más idiota! —Mascullé entre dientes.

—¿Quién? —Preguntó con los ojos admirados Bianca, que venía bajando las escaleras.

Era una buena pregunta, no sabía quién me había parecido más idiota, si mi novio o el igualado del vecino.

—¡Nadie nena! —Contesté abrazando a mi sobrina.

—¿Cómo amaneciste? ¿Cómo te sientes? —Le pregunté. Qué preguntas más tontas pensé, pero ya las había hecho.

—No sé tía, supongo que no muy bien.

Los primeros días tras la muerte de Angélica fueron terriblemente difíciles, el silencio de todos los miembros de la familia era interrumpido sólo por los gemidos y los sollozos desgarradores de alguno de ellos, pero casi nadie hablaba con nadie. Excepto Valeria, para dar indicaciones a sus hermanos.

Era impactante ver a aquella jovencita de 18 años con tal sentido de responsabilidad, tanto o mucho más agudo que el de un adulto. Llevaba las riendas de aquella casa y de sus hermanos casi por completo.

Bianca, en cambio, era la niña obediente que ejecutaba las órdenes sin chistar y sólo hablaba para avisar cuando había terminado sus cometidos.

Adrián, a ese sí había que temerle. Cuando abría la boca, lo hacía sólo para agredir a sus hermanas y para rebelarse contra la actitud autoritaria de Valeria.

—¡Tú no eres mi mamá! ¡Métetelo en la cabeza! ¡Si no te aguantaba antes, ahora menos! —Le gritaba encolerizado muchas frases como esas varias veces al día.

Nicole refunfuñaba un poco, pero con tal de que su hermana mayor no se enojara o se pusiera triste, hacía su parte en las labores domésticas.

Aquel escenario me tenía perpleja. Por una parte, no me sentía con derecho a intervenir en las disputas de los chicos y su forma de vida pero, por la otra, era la única adulta de la casa, ya que Gabriel estaba fuera la mayor parte del día.

Mi presencia en esa casa, a fin de cuentas, sería tempo-

ral, pensé. Así que preferí llevar la fiesta en paz y no convertirme en la tía odiosa que apareció de la noche a la mañana en sus vidas.

Por lo tanto, decidí limitarme a cocinar cuando Valeria se descuidaba y a acompañarlos discretamente para que no se sintieran invadidos por mi presencia.

Entendí que esa era la forma más prudente de apoyar a mis queridos y extraños sobrinos. Y digo extraños, porque no me parecía normal el comportamiento que observaba en cada uno de ellos.

La tristeza y el desconcierto por la muerte de su madre eran comprensibles, pero su forma de relacionarse entre ellos y sus tan distintos roles dentro de aquel hogar parecían establecidos desde hacía mucho tiempo.

Habían pasado ya dos semanas desde el deceso de mi cuñada y, la insistencia de mi madre y de Álvaro por mi regreso me hizo caer en cuenta de que ya era hora de volver a mi realidad.

Mi boda estaba encima y mi trabajo en la editorial, donde desde hacía más de dos años traducía libros de distintos idiomas al español, no podía esperar más.

Así que tomé el teléfono para reservar mi boleto y regresar a la ciudad de México al día siguiente, sin imaginar que en las próximas horas dos eventos cambiarían definitivamente la fecha de mi retorno a la que hasta ese momento era mi vida.